

TODOS LOS TIEMPOS, EL TIEMPO

Miguel O. Catolino

*Tiempo que eres mi esencia y mi destino,
Andarán eterno, heraldo de la muerte
¿qué persigues ilustre peregrino?
¿Será la cifra de la variada suerte
que a todo hombre lo marca con su sino?*

En un esfuerzo por no olvidar mis conocimientos de la suprema ciencia del navegante, la astronomía náutica, repasé el viejo libro de texto de la Escuela Naval, el del Profesor Virgile. Alguna especie de interior sospecha metafísica, apenas insinuada, hace que me detenga inquisitivo en el Capítulo V titulado simplemente “El Tiempo”. Tal como creía recordar, el autor elude hablar de la naturaleza del tiempo y entra directamente en el tema de su medición.

De modo, pues, que en el correr de sus páginas desfilan en sucesión el tiempo sidéreo, el tiempo solar verdadero, el año trópico, el tiempo solar medio, el tiempo medio civil, etc., con sus correspondientes días y horas y las relaciones que los vinculan entre sí. Todos ellos, de primordial importancia para poder entrar luego en los dominios de la navegación astronómica. El tema del tiempo está tomado entonces con un sentido pragmático, al remitirse a su uso para la resolución de los problemas concretos que plantea la navegación una vez que la costa se ha ocultado detrás del horizonte y sólo quedan los astros para poder situarse. Los modernos equipos electrónicos han superado (hasta cierto punto) el problema, pero la navegación astronómica no ha muerto, entre otras causas, porque precisa muy pocos y simples elementos: algunas tablas, un almanaque, un sextante y un reloj, además de ser inmune a toda interferencia. Por añadidura, la toma de alturas tiene un algo de artesanal que le otorga un encanto único.

Para la medición del tiempo y poder definir el orden en que se suceden los diversos acontecimientos, el hombre se valió de distintos artilugios: la clepsidra, el reloj de arena, la

El Capitán de Navío Miguel Oscar Catolino egresó como Guardiamarina el 27 de octubre de 1955. Pasó a retiro el 1° de mayo de 1985. Fue Comandante del remolcador ARA Ona, del buque oceanográfico ARA Goyena y del destructor ARA Bouchard, 2° Comandante del portaaviones ARA 25 de Mayo y Director del Liceo Naval Militar Almirante Storni. Es Licenciado en Sistemas Navales. Es autor de colaboraciones sobre temas históricos y militares aparecidas en el BCN (Nros. 671, 679, 768, 803 y 806) obteniendo el premio “Doctor Collo” en el bienio 2000/01 por su artículo “Un mal de nuestro tiempo. El vaciamiento de las palabras”. Otros escritos suyos han sido publicados en el diario El Territorio de la ciudad de Posadas, Gaceta Marinera y en la Revista de la Escuela Nacional de Inteligencia.



oscilación de un péndulo, hasta que ya en épocas remotas, percibió que la regularidad del movimiento aparente de los astros en la bóveda celeste podría ser un inmejorable patrón de medida para el agrupamiento, enumeración y recuento de los infinitos instantes que lo componen. Este descubrimiento fue una de las bases sobre las que se edificó todo andamiaje técnico científico que la humanidad ha ido construyendo en el devenir de su historia, y los avances logrados hablan por sí mismos de que la providencia adoptada fue apta y eficaz.

Como en el capítulo mencionado del libro de Virgile, también los antiguos dejaron pendiente el tema de la naturaleza del tiempo. Debido a su complejidad, resolverlo antes de empezar a mensurarlo hubiera sido un lastre inútil y paralizante, dado que la tarea de medir el tiempo era posible de llevar a cabo aun desconociendo qué era, en esencia, aquello que se estaba midiendo. De modo que el problema quedó librado a especulaciones inciertas y poco verificables, es decir que le fue confiado a filósofos y escritores que desde siempre –y en todos los campos– se ocupan de cuestiones que otros eluden y, aunque no suelen llegar a conclusiones irrefutables, se empeñan, eso sí, en complicarlas más todavía al generar con sus lucubraciones nuevos interrogantes.

Las dificultades comienzan a manifestarse ni bien se trata de encontrar una definición. Ya sabemos que una definición es la mejor manera de fijar con claridad, exactitud y precisión la significación de algo. El diccionario no es otra cosa que un catálogo de definiciones. Ahora bien, si buscamos en él la definición de *tiempo* encontraremos: *duración de las cosas sujetas a mudanza*. Vamos entonces a la definición de *duración*, y entonces nos dice: *tiempo que dura una cosa o que transcurre entre el comienzo y el fin de un proceso*. Vale decir que el diccionario cae en un círculo vicioso: define el *tiempo* con la *duración* y la *duración* con el *tiempo*, con lo cual el concepto queda en el aire.

En el pasado más distante, fue Heráclito (544-480 a.C.) el primero en manifestarse –si bien de manera enigmática y sentenciosa– acerca del insondable misterio que plantea la naturaleza del tiempo al sostener que no es posible bañarse dos veces en el mismo río, porque ni el río ni el bañista serán los mismos en ambas oportunidades. El poeta e historiador argentino Ricardo Rojas (1882-1957) –el mismo que escribió “El Santo de la Espada”, una biografía apologética de San Martín– posiblemente se haya inspirado en el griego al consignar:

*Tiempo que vas pasando como un río
junto al árbol tenaz de la ribera.
Linf constante de agua pasajera,
soy una sombra en tu cauce umbrío*

Martín Fierro, el emblemático gaucho de nuestro máximo poema nacional, también se manifestó acerca de la naturaleza del tiempo en una cosmovisión fatalista y terminante, muy propia de sus lejanos ancestros árabes y aborígenes:

*El tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir.*

Cuando los científicos encararon el problema, las cosas no se esclarecieron mucho más de lo que las metáforas precedentes tratan de sugerir. Stephen Hawking, uno de los más grandes físicos teóricos contemporáneos, quien pese a la penosa enfermedad que lo tiene clavado en una silla de ruedas, ocupa en Cambridge la cátedra que perteneció a Isaac Newton y aborda el tema en el contexto ampliado del universo. Sostiene que el concepto de tiempo no tiene significado antes del comienzo de éste. Siguiendo a Einstein, apunta que espacio y tiempo son intrínsecos al universo y que antes de su iniciación carece de sentido hablar de ellos, porque no podemos saber que pasó antes de ese comienzo. Sin embargo el sentido común nos dice que si algo sucedió tuvo que haber un *antes* del mismo modo que siempre hay un *después*.

Ese controvertido comienzo lo fija en el famoso *big-bang*, la gran explosión que habría tenido lugar hace 15 mil millones de años. Sorprendentemente en este punto Hawking se remite no a Einstein u otros afamados científicos, sino a San Agustín, quien sostuvo que “el tiempo era una propiedad del universo que Dios había creado, y que el tiempo no existía con anterioridad al principio del universo”. Con humor muy británico cuenta que cuando al santo y doctor de la iglesia le preguntaron que si Dios es eterno y por lo tanto existió siempre, qué hacía Dios antes de la creación, San Agustín habría respondido que estaba preparando el infierno para los que hicieran esa clase de preguntas. Una posición escéptica plantea que si el universo no tuvo principio ni tendrá fin, es decir que existió y existirá siempre, no hay espacio para un Creador porque nada fue creado, todo estuvo allí desde siempre y esa realidad se prolongará eternamente. Esta postura tampoco satisface plenamente. Sostener que algo existió siempre, cuando sabemos por experiencia que porciones de materia pueden ser destruidas planteándonos la duda, o la certeza, de que si algo puede ser destruido, es decir, que tiene un fin, es porque debe de haber tenido un principio. Y el concepto de un principio, en el caso del Universo, nos lleva al de un Creador.

Es decir que, al tratar de desmenuzarlo para encontrar la difícil definición, el problema se escapa del campo de la física, sobrepasa al de la filosofía y entra directo en el de la religión, cuyo basamento, se sabe, es la fe, que por su naturaleza excluye los razonamientos de la ciencia y se remite a una verdad no hallada sino revelada. Tratando de recapitular, el panorama es muy diverso y permite concluir que en este tema, como en tantos otros, todas las teorías terminan siendo sustituidas o modificadas, total o parcialmente, mediante procesos dispares e impensados, y de ese modo el horizonte científico sigue permanentemente abierto. Sumándose a estas perplejidades están los que sostienen que el tiempo es un concepto tan personal que es imposible separarlo de nuestro yo íntimo y que, por lo tanto, no puede ser transferido a una definición o simplemente al entendimiento ajeno. Hay aquí una consubstanciación entre el concepto que se tenga del tiempo y la mente del ser pensante en donde este se ha asentado. Nuevamente son los poetas los que acuden en nuestra ayuda para hacer más inteligible la cuestión. Esta vez es el inmortal Borges quien en su poema *Somos el río* nos dice:

*Somos el tiempo. Somos la famosa
parábola de Heráclito el Oscuro.
Somos el agua, no el diamante duro,
la que se pierde, no la que reposa.*

Los anteriores esbozos dan una idea aproximada de la magnitud del problema que plantea la naturaleza inexplicable del tiempo. Es por ello que el teórico canadiense Marshall McLuhan (creador de la famosa expresión “La aldea global” para sintetizar el fenómeno de la globalización) sostiene que “Para el hombre tribal el espacio era un misterio incontrolable, pero para el hombre tecnológico ese lugar lo ocupa el tiempo”. Ahora bien, ante estas imprecisiones y vaguedades ¿Hubiera sido lógico iniciar con ellas el mencionado capítulo del libro de Astronomía Náutica? Sí y no. Sí, porque siempre es conveniente tratar de ver un poco más allá de lo que marcan los límites aparentes de las cosas y también porque nunca viene mal matizar los rigores de la ciencia con el solaz que brindan los aportes literarios y filosóficos. No, porque dichas sutilezas lejos están de constituir lo que un famoso político argentino caracterizó soberbiamente como *efectividades conducentes*, extraña y pintoresca expresión con la que posiblemente quiso significar que no había que perder tiempo con la teoría y atacar los problemas con sentido práctico. Lo mismo que sostuvo Ortega y Gasset desde la cumbre de sus sabias especulaciones “Argentinos a las cosas”. Con reservas, concordamos con la decisión del autor de aferrarse a este modo de proceder y así, en lo que hace al tiempo, entrar de lleno en el concreto reino cuyo icono y referente más acabado quizás sea ese viejo y eterno instrumento conocido con el nombre de reloj.

Reloj no marques la horas... rezaba la letra de una conocida melodía ya un tanto añosa en la que se enfrentaba la inexorabilidad de la duración del tiempo físico con las necesidades de un corazón sufriente y es que el concepto de tiempo no estaría completo si no lo viéramos también desde el punto de vista personal, como vimos que algunos sostienen. Este es un tiempo elástico, de cronología incierta, de períodos no uniformes ni iguales, cuya duración está determinada por las circunstancias que atraviesa el medidor. No es, sin embargo, un tiempo ficticio ni artificioso porque asienta su realidad en las honduras del alma en donde se manifiesta como sensación palpable e influyente. Es el tiempo tal cual lo sentimos en nuestro yo único y personal. Por eso decimos que los años de la infancia transcurren lentos y largas son las extensiones de su marcha mientras que los de la edad adulta, cortos y veloces, corren en desaforado galope hacia su inexorable y azaroso final.

Para su mejor estudio, los historiadores han dividido la historia del mundo en eras para la remota antigüedad geológica y en edades para épocas más cercanas. Ambas son mensuras del tiempo, pero mientras en la primera se basa exclusivamente en el tiempo físico (el tiempo de los astros que pueblan el universo, podríamos decir), en la segunda entran tanto este último como el tiempo de los hombres, es decir, el tiempo que viven los hombres según su propia subjetividad. Como el hombre es por naturaleza gregario, lo que supone que sólo puede vivir y desarrollarse dentro de las comunidades que conforma, cuando hablamos del tiempo de los hombres, estamos refiriéndonos al tiempo de las sociedades que los aglutinan, llámense tribu, clan, nación, en épocas que van desde la remota prehistoria hasta la creación del Estado Moderno, entre los siglos XIV y XV, cuando los reyes respaldados por la burguesía aprovecharon la crisis del feudalismo para retomar su poder, conformándose una nueva forma de organización de la sociedad occidental que cuenta entre sus componentes constitutivos fundamentales el territorio, sus fronteras geográficas y el elemento síntesis por excelencia, la soberanía nacional. Operan en el Estado Moderno organismos que son fundamentales para materializar el poder soberano de los mismos y que desempeñan funciones de interés público como son las Fuerzas Armadas asignadas a la función Defensa.

Reina actualmente entre los estudiosos e investigadores de las diversas disciplinas un palpable espíritu de convergencia, alejado de toda exclusión y refractarias soberbias. Hasta la filosofía y la religión encuentran fronteras comunes al igual que las ciencias llamadas duras con las sapiencias humanísticas. Esto viene a reactualizar lo sostenido por el presocrático Anaxágoras cuando decía que todo tiene que ver con todo, que nada puede existir aislado. He aquí, por un extendido carácter transitivo, como se conectan el vago concepto de tiempo con el concreto de Defensa y Fuerzas Armadas, lo cual justificaría de algún modo la inclusión en los textos navales de la materia de un breve análisis de la esencia del tiempo antes de encarar el específico de su medición.